

La puerta de la misericordia



Érase una vez una alegre niña llamada Marie. Vivía en Douala (Camerún), una ciudad muy grande, donde uno podía perderse fácilmente.

La protagonista de nuestra historia había nacido y crecido en un barrio conocido como New Town Airport. Su vida cotidiana era muy parecida a la de todos los niños y niñas del lugar. Se levantaba apenas salía el sol. La escuela comenzaba a las 7:00 hs. Desde bien pequeñita acostumbraba a ir sola, porque su madre, que trabajaba vendiendo verduras, no podía acompañarla. Como atravesar la calzada era peligroso y no había semáforo, los niños y niñas se esperaban unos a otros para poder cruzar en grupo.

Marie tenía mucho interés en aprender: matemáticas, lengua, ciencias... Sabía que todo eso sería necesario para el día de mañana, cuando ella fuera una mujer adulta y pudiera trabajar, junto a otras personas, en la construcción de un país mejor. En aquella escuela no había libros de texto, ni de lectura. No había fotocopias, ni mucho menos ordenadores. Sólo el encerado y los apuntes que los niños tomaban. Así que Marie se afanaba por escribir, deprisa y sin faltas, las clases que dictaban sus profesores.

Un buen día, la maestra escribió en la pizarra una palabra nueva: MISERICORDIA. (Mejor dicho, la escribió en francés, así: "miséricorde") y pidió a los alumnos que hicieran una investigación sobre ella.

"¡Qué difícil!" pensó Marie... Pero se animó cuando, de acuerdo con unas compañeras, decidieron convertir su tarea escolar en una aventura de periodistas:

- ¡Seremos periodistas y haremos entrevistas en la calle! – dijo Estefanie.
- Tendremos que ir vestidas de periodistas... ¿Cómo lo haremos?– se preguntaba François.
- Los periodistas van vestidos de gente normal... ¿No los has visto en la tele? – contestó Amelie.
- En mi casa no hay tele...
- Tampoco en la mía... Pero he visto los informativos al pasar por el bar de Monsieur Pierre.
- ¿Hay chicas periodistas?
- ¡Pues claro que sí!! Pero... necesitamos una cosa... - Marie se puso seria, como quien va a anunciar algo misterioso.- Necesitamos un buen micrófono... y tal vez una cámara de vídeo.

Sus amigas la miraban asombradas, pero enseguida entendieron. Corrieron al taller de Monsieur Sasa, donde se desbarataban todo tipo de cachivaches. Allí, no les fue difícil dar con una bola de corcho que tizaron de negro y colocaron en el extremo de un palo. También encontraron su cámara: una caja metálica, a la que quitaron el fondo y, en su lugar, colocaron un plástico casi transparente. Ya estaban preparadas. ¿Por dónde empezar?

Los hermanos pequeños estaban jugando en la calle con una pelota medio desinflada.

- ¡Eh, parad el juego! Que somos periodistas y tenemos algunas preguntas para vosotros.

Los niños estuvieron encantados con la idea, sobre todo, cuando vieron los artilugios que las niñas llevaban:

- ¿Qué es misericordia? ¿Lo sabéis? – preguntaron las niñas.

Pero los niños sólo querían responder a preguntas sobre el fútbol. Así que... no siguieron allí mucho tiempo.

A continuación, fueron a preguntar a un grupo de mamás y papás que tenían una reunión en la plaza. Andaban discutiendo sobre cómo podían solucionar el problema del agua. Hacía mucho calor, se necesitaba agua para beber, para cocinar, para bañarse... y sólo tenían acceso a un caño que apenas manaba dos horas al día.

- ¿Qué es misericordia? – los adultos se extrañaron de la pregunta -. ¡Ojalá alguien lo entendiera de verdad! Mis hijos son muy pequeños... Tenemos poca agua y contaminada. Si bebemos nos arriesgamos a contraer cualquier enfermedad... ¡Lo que pedimos es justo! ¿Es que nadie puede entenderlo? ¿Nadie va a escucharnos?

Estaban nerviosos, sin tiempo para atender a las niñas que, con esta explicación, seguían sin aclararse mucho. Marie, entonces, exclamó:

- Amigas, tenemos que ir a los ancianos. Ellos son los que conocen todos los secretos. Ellos son los sabios. ¡¡Vamos a ver a mi abuelo!!

Pronto encontraron a varios ancianos sentados a la sombra de un viejo árbol. Sus facciones eran tan rugosas como la misma corteza del tronco en el que se apoyaban.

- ¿Qué es misericordia? – preguntó Samira.

El abuelo se quedó en silencio, dejando que la palabra resonara en el aire, contemplando a las niñas con una sonrisa llena de ternura y misterio. Ante el mutismo del anciano, otra, impaciente, siguió el interrogatorio:

- ¿Qué personas han hablado sobre la misericordia? Díganos una frase, un pensamiento... ¡Un ejemplo!

Los ancianos fueron tomando la palabra pausadamente... Y fueron respondiendo a su manera:

- Hace mucho, mucho tiempo, el Salvador, Jesús de Nazaret, explicó que Dios se parece a un padre que siempre espera el regreso del hijo; que se parece a un pastor, que siempre sale a buscar la oveja perdida... Ese tal Jesús decía: “sed vosotros misericordiosos como lo es mi Padre Dios” y esa enseñanza le costó la vida.
- Nuestro pueblo vecino, Centroáfrica, que lleva años en guerra, recientemente recibió una visita especial. Le llaman Papa Francisco y va siempre vestido de blanco. El caso es que llegó al corazón de África, a llevar esperanza y a rezar junto a los cristianos y musulmanes que quieren la paz. En Bangui, la capital, hizo un gesto simbólico: abrió una Puerta Santa de la misericordia, para que todo el que pase por ella pueda experimentar “el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza”. Dicen que en Roma también ha abierto una Puerta Santa. Y así se hará en otras ciudades del mundo.
- En el barrio viven unas misioneras. Son extranjeras. Llegaron aquí hace unos años y trabajan con las mujeres y con los niños. Hace poco, una de ellas me regaló una imagen de la Sagrada Familia con una inscripción en español: “Dios es misericordia viva”. Me explicó que es una frase de un sacerdote, al que llaman su fundador: Francisco Butiñá. Debía ser una persona muy alegre y comprometida, puesto que ellas están aquí, viviendo junto a nosotros.

Las niñas anotaban rápidamente el nombre de todos esos personajes: Jesús de Nazaret, el Papa Francisco, Francisco Butiñá... Los ancianos recordaron otras muchas personas y dichos sobre la misericordia que habían aprendido de sus antepasados... No obstante... las niñas todavía tenían más preguntas:

- ¿Cómo saber si existe misericordia en nuestra vida? ¿Qué es en realidad? ¿De dónde nace? ¿Y cómo se cuida?

A los ancianos, parecía que les costaba encontrar las palabras adecuadas... Uno de ellos, el más rugoso de los tres, murmuraba como en un acertijo: “Todos necesitamos perdón, todos necesitamos consuelo, todos necesitamos comprensión...” ¿Sería eso la misericordia?, ¿esa suma de cosas necesarias?

El sol ya estaba próximo a esconderse. Marie y sus amigas se dirigieron a sus casas. Casi lo habían logrado: gran parte del trabajo estaba hecho. Pero no había sido posible encontrar una definición precisa y exacta, como a la maestra le gustaba.

Al llegar a su casa, empujó suavemente la puerta para entrar. Le esperaba su madre con un caldo de patatas; su padre con el rostro cansado; sus hermanitos, con canciones nuevas. Le esperaban sus primos, que tras la marcha de su tía para buscar trabajo en otro país, habían quedado al cuidado de la familia. También le esperaba Jan, un pobre más pobre que ellos, que andaba medio-loco, vagando por las calles y comiendo desperdicios. Marie compartió con él su caldo de patatas. Compartió con sus hermanos y primos un cuento. Compartió con su padre los descubrimientos del día y con su madre las pequeñas tareas que hacen más agradable la vida de familia. Compartir le salía espontáneo... casi sin darse cuenta... A veces, le costaba un poco más. Pero algo en su interior la seguía animando a regalar su tiempo y su sonrisa...

Esa noche, a Marie, le esperaba, sobre todo, un rincón en el que soñar con hacerse mayor y llegar a ser abogada, maestra o enfermera, una profesión con la que pudiera ayudar a su pueblo. Pensó en Dios, en Jesús y en ese Papa de blanco que había abierto una Puerta Santa, para que todo el que pasara por ella sintiera paz. ¿Sería una puerta mágica? ¿Cómo saberlo si Bangui quedaba tan lejos? Y mucho más Roma... o Madrid... o París... o México... Dicen que en todos esos sitios existen catedrales donde la gente acudirá a celebrar el Año Santo de la misericordia.

Y se quedó dormida. Y en sueños, vio que Dios mismo la llevaba de la mano:

- ¿Dónde vamos, Dios?
- Te voy a mostrar la Puerta de la Misericordia. La abriré para ti.

Marie caminaba admirada e ilusionada con semejante promesa. Y la cuestión es que el camino subía y bajaba; a veces, era hermoso y, a veces, triste; a veces, había mucha gente y, otras veces, estaba sola. Y recordó las palabras del anciano: todos necesitamos perdón, comprensión, escucha... Después de un buen rato, se encontró con Dios frente a su casa:

- Dios... te agradezco mucho el paseo... Pero... ¡creo que me has tomado el pelo! Esta no es la puerta mágica de la misericordia. Esta puerta la conozco bien. Es la puerta de mi casa. Es una puerta igual a todas las puertas de las casas de mis amigos.

Y Dios contestó:

- Estás muy equivocada... Cierto que es la puerta de tu casa, pero... es también la puerta de la misericordia: Tu puerta de la misericordia. Porque misericordia es poner el corazón en lo que el otro vive, en lo que el otro siente. Misericordia es mucho más que un sentimiento... es un movimiento del corazón. Y eso lo puedes vivir tú en tu vida cotidiana. Eso es lo que ocurre cuando abres la puerta de tu casa, la puerta de su escuela, la puerta de tus amigos, la puerta de tu corazón. Misericordia eres tú, cada vez que tu tiempo y tu sonrisa se convierten en una ofrenda para los demás.

Y sonriendo, Dios abrió la puerta... Y la puerta contenía otras muchas puertas y puertas:

- Estas son todas las puertas que seguirás abriendo para ofrecer a los demás un poco de alivio y ayuda. Pero, no tengas miedo... No lo harás sola. Yo estaré contigo.

Y Marie comprendió: DIOS NOS ABRE LA PUERTA DE LA MISERICORDIA... Y despertó de su sueño emocionada y risueña, queriendo decir a todos: ¡¡ENTREMOS!!

Y tú... ¿también quieres entrar?